

**E.
HARO
TEGLEN**

EL CULTO A LA PERSONALIDAD DE SUÁREZ

EN pleno Telediario, las imágenes comienzan a recoger instantes felices de la vida política del presidente Suárez y el locutor comienza a leer un artículo encomiástico publicado en "El Tiempo": Suárez —él personalmente— es un ejemplo, una vía. Un modelo. España se afirma, se acentúa gracias a él. En las imágenes se ve su sonrisa de galán maduro, sus apretones de brazos, sus golpes en la espalda; las sonrisas que le dedican otros políticos, los de la oposición preferentemente. Italia, en cambio, no encuentra su figura; no tiene la suerte de España. Es difícil evitar un ramalazo de recuerdo. Era así como procedía la televisión, la prensa, la radio, en los otros tiempos. Es así como procede en los países menos calificados hoy para hablar de democracia. Estamos en el culto a la personalidad.

NO es enteramente cierto. En otros tiempos no se publicaría un libro contra la imagen como el de Gregorio Morán. No se publicarían otros artículos, otras críticas. Hace poco tiempo, UCD llegaba a declarar que había una campaña contra el presidente Suárez y era verdad. Había, hay, una campaña de la derecha de fuera del Gobierno —con quizá alguna colaboración vergonzante dentro del partido del Gobierno— contra el presidente Suárez. Una campaña que la izquierda ve con inquietud y a la que responde con la tesis del "mal menor". Hay una idea de "salvar a Suárez" que responde a una práctica política digna de consideración. Parece que la alternativa que la realidad permite en estos momentos y en los pasados no es más que la que ofrece Suárez, por una parte, y un recrudescimiento de la derecha, por otra, incluyendo en este recrudescimiento desde una mecanización de las legislaciones para producir un cambio permitido hasta el mismo golpe de Estado. Cada vez que la izquierda lee la creciente prensa de extrema derecha —que en Madrid ya representa una mayoría en número de título, y un número de ejemplares que probablemente equilibra al de la otra prensa—, cada vez que escucha palabras como las pronunciadas en el acto de la plaza de Oriente, el domingo pasado, se aferra más a Suárez. No está excluido que el propio Suárez o quienes utilizan su imagen no sean conscientes de todo ello. Mientras, desde el Gobierno, Suárez va afirmando una estructura de derechas en el país, en temas que van desde el Estatuto del Trabajador hasta el retraso y el agua clara sobre la Ley del Divorcio, pasando por el recorte de las fórmulas de libertad condicional y bajo fianza, amparando formas de represión. Es, sin duda, el "mal menor".

ESTA en su derecho. Está izado sobre una plataforma conservadora y responde a ella. A la campaña de la derecha puede responder perfectamente demostrando que las añoranzas por el viejo conservadurismo no tienen lugar, y la busca de cohesiones de partidos derechistas tampoco: la derecha es él. A la resignación de la izquierda la puede seguir manteniendo sobre la base de que no puede hacer otra cosa y que el balance de sus años de poder, después de todo, nos han dado sistemas formales de democracia. Tiene una mayo-

ría en el Parlamento y la usa. Puede que ese sea el modelo español, la vía española. Una de las meditaciones posibles en el aniversario de la muerte de Franco es que se ha adelantado mucho en este tiempo, y en el tiempo que vino después del primer Gobierno ultraconservador de la nueva etapa. Suárez puede recoger esos frutos. Puede convertirlo, porque tiene los instrumentos que necesita, en forma de culto a la personalidad. Puede agujerear el suelo debajo de sus delfines posibles, porque el aparato de su partido se lo permite.

ESTO es lo que puede ser inquietante en un país en trámite de cambio. Que un hombre de derecha gobierne como de derechas es natural; la picardía de la etiqueta de centro está incluso tolerada en países más avezados que éste. Que el jefe de un partido mayoritario —o, como se dice con avaricia realista, de "minoría mayor"— dentro del Congreso y del Senado la utilice está dentro de los límites de lo normal. Pero lo inquietante es que termine identificándose con la democracia misma, con la transición misma; que se configure como el hombre indispensable. De ahí a ser el hombre fuerte no hay más que un paso.



NO parece lógico que el centro de la discusión política española esté en Suárez o no Suárez, y que se permita reaparecer el sofisma de "O yo o el caos", tantas veces utilizado aquí y fuera de aquí. Todo ello configura una dictadura blanda, aunque no lo sea más que en la medida en que lo fue la del general De Gaulle en Francia (que, de todos modos, tenía otros índices de libertad). No parece lógico que se vaya poco a poco a un presidencialismo que oculta su nombre; o que lo cambia por el de una persona determinada.

EL vicio profundo de la institución democrática española consiste precisamente en que está pendiente de otros factores que no pertenecen al juego; que hace pensar que un Gobierno de izquierdas sería

Se trata, por la seguridad del país, de que desaparezca la condición de indispensable de Suárez.



Cada vez que la izquierda escucha palabras como las pronunciadas el domingo 18 en la plaza de Oriente madrileña, se aferra más a Suárez. Arriba, en la tribuna: Raimundo Fernández Cuesta, José Antonio Girón, la marquesa de Villaverde, Pilar Primo de Rivera y un obispo misionario brasileño.

víctima de una situación allendista, y que incluso un Gobierno socialista se encontraría con tal muro de imposibilidades que podría terminar muy mal. Podría decirse que en parte la responsabilidad es del propio Suárez, que no ha podido hacer el traspaso de poderes reales de una minoría ambigua a una mayoría del país. La sospecha de que no solamente no ha podido, sino que no ha querido, es considerablemente grave. Y es probablemente lo que le configura. Hubo un tiempo en que todo era recambiable, todo podía volver a ser como se había imaginado que era. Las razones por las cuales Suárez dejó pasar ese tiempo no están todavía suficientemente explicadas.

SIN embargo, no se ve una conciencia clara de lo que está significando la inamovilidad de Suárez. Entendámonos claramente: no se trata del deseo de que sea removido de su cargo, que desempeña con arreglo a sus premisas, sino de que cada vez se haga más insustituible en ese cargo y se convierta en una encarnación del Gobierno y hasta del Estado, lo cual no le corresponde. Se trata, por la seguridad del país, de que desaparezca su condición de indispensable.

NO es una animosidad contra él. Es lo que parece una necesidad democrática. Los países con una sola salida son países sin ninguna solución. ■

LA RAZON ANTES DE TIEMPO

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

A HORA que parece que Galileo va a ser rehabilitado, ya se puede decir que, en realidad, cometió un error. Uno de los errores más graves que se pueden cometer en la vida: el de tener razón antes de tiempo. Cualquier partido, incluyendo uno de los más antiguos del mundo como es la Iglesia, se apresura a purgar a aquellos de sus militantes que tienen razón antes de que se permita tenerla. La Historia del mundo está repleta de casos. Larra, sin ir más lejos, tuvo que suicidarse por haber tenido razón antes de tiempo. Todos los grandes inventores, todos los grandes descubridores, han cometido ese error. Y lo han purgado. Los españoles, frecuentemente, tienen que huir a países donde el tiempo de tener razón ha llegado antes. Como Picasso. En Francia ya se podía tener razón, en su tiempo, al practicar cierta clase de pintura. Ahora se lamenta que Francia reciba su gran herencia de pintura o que el "Guernica" no termine de venir nunca. Hasta se le reprocha haber elegido Francia para vivir y trabajar. Es cierto que Picasso debía haberse quedado siempre en España. Hubiera podido ser un brillante ilustrador de "Blanco y Negro" o un retratista de la aristocracia. Pero si se hubiera empeñado en tener una razón pictórica antes de tiempo y, sobre todo, una mentalidad política, habría sido convenientemente fusilado, o quizá hubiera merecido la gran caricia ibérica del garrote vil. La verdad es que un buen español hubiera preferido uno de esos dos destinos trágicos antes que irse a vivir a Francia. Un amigo católico me contaba que una vez fue a Valencia y se confesó. Comenzó diciendo: "Padre, yo vivo en París...", y el buen sacerdote le interrumpió: "Hijo mío, si en conciencia no puedes evitarlo, ese pecado no es tan grave..."

La experiencia ha demostrado que es mucho mejor no tener razón que tenerla antes de tiempo. No tenerla no es ningún obstáculo para ascender en la vida y para ser apreciado por sus semejantes. Los pueblos antiguos consideraban a los locos como sagrados: identificaban la sinrazón con el misterio, y el misterio con Dios. Los pueblos contemporáneos les elevan con mucha frecuencia a altos puestos del Estado, y se dejan conducir por ellos. Nadie puede pensar, por ejemplo, que el ayatollah Jomeini sea un ejemplo de cordura, sin por ello pensar que el brillo de la inteligencia y la lucidez residen en el rostro y en el interior de Carter. Tener razón tampoco es malo, si uno tiene la prudencia de no proclamarla y, sobre todo, de no querer utilizarla.

Por lo menos, hasta que llegue el tiempo oportuno. Se puede tener razón cuando ya está permitido tenerla. Y está permitido tenerla cuando las personas que la niegan tienen interés en aceptarla. No hay que buscar ejemplos lejanos: imaginemos un ciudadano español que tenía la razón de considerar la democracia como un régimen conveniente antes de que las personas que la prohibían como una locura decidieran abrazarla como una fe. Los tiempos cercanos están llenos de biografías destrazadas por este motivo.

Galileo se equivocó, indudablemente. Tenía razón cuando era estúpido tenerla. Debía haber esperado al Papa Wojtyła. Quizá hubiera muerto antes. Pero se habría ahorrado los sufrimientos indecibles de los últimos ocho años de su vida. ■

POZUELO